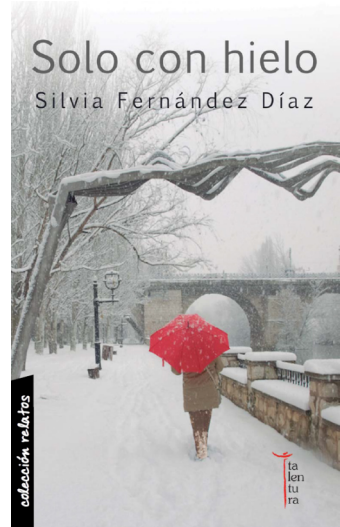


Solo con hielo

Silvia Fernández Díaz

Los engaños son siempre amenazas. *Solo con hielo* reúne una veintena de estas historias sobre la fascinación por la mentira, en las que un elenco de personajes diversos observan el engaño desde distintas perspectivas.

Un padre que descubre los actos vandálicos de su hijo, el hombre que se siente acosado por los aullidos, el gemelo aprensivo que se somete a una operación de cirugía estética, o unos ancianos que deciden emprender un viaje hacia los acantilados.



Mentira y silencio van unidos. Son silencios breves, la vacilación, lo que se tarda en dar un sorbo de café. Son esos silencios precisamente los que claman un engaño que amenaza un mundo de equilibrio cotidiano. *Solo con hielo* es el primer libro editado de Silvia Fernández Díaz. *Solo con hielo* intenta reflejar esos momentos de revelación, que nos provocan un sentimiento inevitable de soledad, al mismo tiempo que nuestras certezas —como un témpano de hielo expuesto a una alta temperatura— se resquebrajan.

La autora: Silvia Fernández Díaz (Madrid, 1967)



Es Diplomada en Profesorado de E.G.B. En 1994, impartió clases de Lengua Española en un aula de Educación Compensatoria para Minorías Étnicas.

Desde 2004, compagina el trabajo administrativo con el aprendizaje en cursos de Escritura creativa, Relato breve y Recursos narrativos en diversos talleres madrileños. Asimismo, ha formado parte de la Segunda promoción del *Máster de Narrativa* de Escuela de Escritores.

En el año 2008 queda finalista en el VII Concurso Antonio Villalba de Cartas de Amor, convocado por la Escuela de Escritores, con la carta titulada *Flores de nata*. Su libro de relatos *El reflejo del eclipse* ha sido finalista en el Premio Caja España de Libro de Cuentos, 2010.

Ha participado en los libros colectivos titulados *El cuento, por favor* y *Asentamientos* (Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja), *El sueño del gato* y *Hasta anegar las torres* (Escuela de Escritores) y en tres antologías del taller de Relato breve coordinado por Ignacio Ferrando. Colabora como jurado de algunos concursos literarios como *Relatos en cadena*, organizado por la Cadena SER y Escuela de Escritores.

Desde enero de 2013, imparte cursos de Iniciación a la Escritura Creativa en Escuela de Escritores.

Secuencias

Eduardo congeló la imagen en el televisor y dejó caer la mano sobre la rodilla de Diana.

—No cabe duda. Ni la más mínima duda —dijo, mirando el dibujo arabesco de la alfombra—. Es Fabián.

Diana agachó la cabeza y se tapó la cara. Él comenzó a acariciarla.

—Míralo, por favor. ¿No me dirás que no es él? Lleva los pantalones de camuflaje que le regalaste en su cumpleaños. Y la sudadera de calaveras con capucha —dijo—. No puede ser otro. Tienes que verlo.

Diana apartó la mano del rostro, sin levantar la cabeza. Los dos miraron el recuadro central de la alfombra. Eduardo se acordó de que Fabián se divertía gateando en ella. Está deshilachada, pensó mientras sujetaba la barbilla de Diana y pretendía sin éxito que observase la pantalla.

—Déjame —la oyó sollozar.

Eduardo dejó el mando sobre la mesa. Al instante, lo cogió de nuevo.

—Debemos ver la grabación. ¡Quieras o no! —Apretó de nuevo el botón para adelantar la película—. Ponte en su lugar. Julio quiere resolver las cosas de una manera civilizada. Si corremos con

los gastos, me ha prometido que no acudirá a la comisaria. —La observó con desánimo—. Venía deshecho.

Desarmado por el silencio de su mujer, fijó los ojos en el televisor. Ahí estaba. El Citroën Xantia burdeos de su vecino. Fabián, con un destornillador en la mano, merodeando a su alrededor. ¿Cómo había sido tan torpe de no reparar en la existencia de la cámara? ¿A santo de qué destrozaba tres veces en un mes el mismo coche? Y Diana sin querer mirar.

—Mira. Míralo. Araña la carrocería con un destornillador.

Eduardo notaba la boca reseca. Se pasó la lengua por los labios. Fabián, en primer plano, sonreía después de rodear el automóvil. La calidad de la imagen era lo suficientemente nítida como para distinguir su sonrisa inconfundible. Aquellos dientes que crecieron separados desde su caída con la bici.

—¿Cuándo dices que pasó?

La voz distante de Diana le asustó. Durante un momento, se había olvidado de su presencia. Paralizó la imagen otra vez y se enfrentó a la mirada enigmática de sus ojos grises.

—La madrugada del viernes. Hacia las cuatro, me dijo.

Eduardo intentó mirar el reloj de la cinta, pero la sonrisa inmóvil de su hijo retuvo toda su atención.

—Lo oí llegar a las tres. ¿Tú no? Yo lo oí llegar —afirmó más animada—. Sí. Y me levanté al servicio. Me lo encontré en el pasillo y le di un beso. ¿No nos sentiste?

Advirtió que su mujer buscaba ahora su mirada, pero manipuló el mando. Boquiabierto, visionó los pasos del joven, que justo se detenía ante un retrovisor. Buscaba algo en un bolsillo lateral, a la altura de las rodillas. Unos alicates. Arrancó de cuajo el espejo.

—¡Qué sangre fría!

—¿A mí qué me importa ese video? Fabián estaba aquí. Durmiendo. Y tú, como un tronco. Sin enterarte de nada...

Y, tras retorcer la antena de la radio, el chaval, estirajándose la sudadera, limpiaba sus huellas de la carrocería del coche.

—Tú sí que no te enteras de nada —le reprochó Eduardo, mirando al frente.

En la pantalla del televisor, la imagen se fundió en negro. La detuvo y deslizó la mano hacia el asiento que ocupaba Diana. Ella se había puesto de pie. ¿Y si el viernes se hubiera levantado con el mismo sigilo?, pensó Eduardo, esforzándose por tragar saliva. Le apremiaba beber un vaso de agua, pero permaneció sentado, mirando la superficie raída de la alfombra mientras sus dedos pellizcaban la tela del sofá vacío.

—Ese no soy yo.

—¿Cómo es posible que seas tan cínico?

Fabián sonrió. No daba crédito a la sonrisa insolente de su hijo. Apartó la vista del hueco de sus dientes. Hablando hacia la alfombra, preguntó:

—Entonces, ¿es idéntico a ti, pero no eres tú? ¿No es eso?

—Eso mismo.

—Y lleva una ropa similar a la tuya, pero no es la tuya, ¿verdad?

Alzó los ojos. Al percibir la mirada provocadora de su hijo, no consiguió continuar. Se quedaron en silencio hasta que Diana colocó el hule y los cubiertos, y, cuando al fin descansó la sopera en el salvamanteles, Fabián la abrazó por la cintura:

—Yo estaba durmiendo, ¿verdad, mamá?

Diana asintió, mirando los platos. Eduardo no tenía hambre. Se retiró a su cuarto sin cenar.

Eduardo untó una tarrina de mermelada en una rebanada de pan.

—¿Sabes? He pasado la noche intentando recordar —dijo con el cuchillo en alto—. Pero ha sido inútil. Como los sueños... Jamás logro recordarlos.

—Ya te advertí que era uno de tus defectos. Pero nunca me hiciste caso.

Diana aplastó con el revés de la cucharilla un sobre de infusión. La taza se tambaleó en la bandeja.

—Cuando acabe de desayunar, subiré a hablar con Julio. Debo hacerlo.

—Despertaré a Fabián. —Diana ciñó sus dedos huesudos alrededor de la taza—. Iremos contigo.

—Mientras, me daré un baño.

En el servicio, le oyó susurrar el nombre de su hijo. Siempre odió que lo despertaran a voces. Se sobresaltaba, decía.

—Tenemos que ir a hablar con el vecino... —prosiguió Diana.

Y Eduardo ajustó la temperatura del agua en la bañera. El borboteo del grifo lo aislaba. Poco después, al afeitarse, pensó que le gustaría pasarse la vida así, con el rostro enjabonado, oliendo la fragancia de aquella loción. Ojalá pudiera hacerlo.

Con prudencia, Eduardo pulsó el timbre. Esperó un instante y, al levantar la cabeza, sus ojos quedaron a la altura de una mirilla triangular. Inmediatamente, bajó la mirada hacia el felpudo. Del interior de la vivienda, no llegaba ningún ruido.

—¡Venga, tronco! Abre de una vez —dijo Fabián entre dientes—. No vamos a pasarnos la vida en el puto descansillo.

Eduardo, inmóvil, dudaba si llamar de nuevo, hasta sentir los pasos prudentes de Julio y el reconocimiento tras la mirilla.

—¿Y bien? —le preguntó su vecino sin dilación, al tiempo que abría la puerta.

Eduardo cruzó los dedos de ambas manos y respondió vacilante:

—Es mi hijo quien debe hablar.

Todos se volvieron hacia él.

—Yo no fui... Tengo una ropa parecida a la de ese tipo, pero muchos vestimos así. Y yo estaba durmiendo —conforme hablaba, parecía más seguro—. No tengo nada que ver con este asunto.

Eduardo hizo crujir sus dedos. La luz se apagó y el descansillo se quedó en penumbra.

—Voy a tomar medidas. —Julio apuntó con el índice al rostro de Fabián—. No vas a quedar impune...

—Es cierto lo que dice... —Diana gimoteó con la cabeza agachada—. Mi hijo estaba acostado. Yo hablé con él esa noche.

Julio, sin dejar de estirarse el pelo, se volvió hacia Eduardo y lo escudriñó con la mirada. Él se tomó su tiempo antes de contestar. Se colocó en un ángulo que le permitía ver la melena de Diana, los dientes ralos de Fabián, la claridad del pasillo de entrada a la casa. Desunió las manos y sacó del bolsillo de la americana la caja de la grabación. Con un gesto indeciso, se la entregó.

—Yo también lo oí llegar —respondió haciendo notables esfuerzos para soportar su mirada.

Después permaneció en silencio. Los pies de aquel hombre dejaron de pisar la esterilla y se escondieron tras la puerta blindada. Aun así, le oyó replicar:

—Eso tendrá que contárselo a la policía.

Tras el portazo, el rellano se oscureció. Eduardo tanteó la pared, buscando el interruptor de la luz, pero Diana se enganchó en su codo y lo condujo hacia las escaleras. Fabián los rebasaba, descendiendo los peldaños de tres en tres, en dirección a la calle.